

La Bhagavadgītā, traducción del sánscrito, introducción y glosa de
Óscar Pujol, Kairós, Barcelona, 2023, 415 pp. ISBN 978-84-
1121-132-1.

La película *Oppenheimer* de Christopher Nolan (2023) ha devuelto a la actualidad la profunda influencia que la *Bhagavadgītā* ejerció sobre el supuesto “padre de la bomba atómica”, el *theoretical physicist* estadounidense J. Robert Oppenheimer (1904-1967). En dos ocasiones, el protagonista recita el verso “Now I become Death, the destroyer of worlds” (Ahora me he convertido en Muerte, la destructora de mundos), que hacia el final de su vida, en un programa documental de la cadena de televisión NBC emitido en 1965, Oppenheimer mencionaría al recordar la exitosa prueba, en julio de 1945, en el desierto de Los Álamos, muy pocas semanas antes de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, de la primera de las armas de destrucción masiva de la historia de la humanidad. La película de Nolan, de muy discreto valor cinematográfico —casi nulo cuando el espectador oye a Cillian Murphy (en el papel de Oppenheimer) leer directamente en sánscrito el pasaje y traducirlo, en una escena innecesariamente pornográfica¹—, no hace en este punto más que seguir la corriente del gusto popular, dejando pasar así una de las claves de la personalidad de Oppenheimer, sin que el reiterado recurso al primer plano pueda compensar a lo largo de tres horas esa pérdida; por el contrario, el primer plano absoluto de la breve entrevista en televisión a un Oppenheimer real que apenas mira a la cámara y que cualquiera puede ver ahora en YouTube —en un mismo registro visual de la representación cinematográfica del rostro humano—, es muchísimo más conmovedor. Las palabras que Oppenheimer pronuncia —incluido el verso de la *Bhagavadgītā*— son indestructibles.²

Que la película no transmita ninguna enseñanza y no sea más que otro producto (una superproducción, de hecho) de la industria cultural podría expresarse mejor con una de las enseñanzas de la *Bhagavadgītā*: el yoga de abandonar el fruto de todas las acciones (18.2), la “renunciation [...] toward the fruits of work”, como lo tradujo Arthur W. Ryder, con quien Oppenheimer, siendo ya profesor de física, estudiaría sánscrito en Berkeley al inicio de la década de 1930. “The fruits of work” se

¹ En la séptima y última parte del *Kama Sutra* se alude a los “versos mágicos que tienen el poder de la fascinación” (*The Kama Sutra of Vatsyayana*, trad. de Richard Burton y F. F. Arbuthnot, Wordsworth, Ware, 1995, p. 173).

² Agradezco a María Golfe que me llamara la atención sobre la aparición de Oppenheimer en el programa documental, que puede verse completo, en una nueva edición de la cadena televisiva con un comentario del historiador Michael Beschloss, en https://www.youtube.com/watch?v=-JWxIVVeV98&ab_channel=NBCNews, y al profesor José Miguel Martínez Castelló que me preguntará por el primer plano en *Oppenheimer*. He aprendido mucho del artículo de JAMES A. HIJIYA, ‘The Gita of J. Robert Oppenheimer’, *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 144, nº 2 (2000), pp. 123-167, en el que se basa todo cuanto Kai Bird y Martin Sherwin dicen al respecto en su *American Prometheus. The Triumph and Tragedy of J. Robert Oppenheimer* (Alfred A. Knopf, Nueva York, 2005), que es la fuente de Nolan.

convirtió en una de las frases más utilizadas a lo largo de su vida por Oppenheimer, que reconoció en Ryder a una de las pocas personas de las que verdaderamente había aprendido y a las que admiraba por su carácter. Es significativo, sin embargo, que Oppenheimer no citara el verso más famoso de la *Bhagavadgītā* en la imaginación popular de nuestra época según la traducción de su maestro, que decía: “Death am I, and my present task destruction” (Muerte soy y mi tarea presente destrucción).³ Hasta donde sabemos, Oppenheimer debió de traducir él mismo el pasaje de la *Bhagavadgītā* (11.32), que Óscar Pujol, en la traducción al español que motiva esta nota, traduce así: “Soy el Tiempo, destructor del universo, / que ha llegado a la sazón, / dispuesto ahora a aniquilar los mundos”. Las traducciones que tengo en mi biblioteca son dispares al respecto: “Soy la muerte, causa de la destrucción de todo lo humano viejo; estoy aquí para destruir la humanidad” (José Alemany y Bolufer [1896], que probablemente se basara en las versiones francesas); “Soy la Muerte que destruye los Mundos cuando ha madurado / cuya obra consiste en arrebatarse los Mundos” (Francisco Rodríguez Adrados [1987], que anota que “Muerte” es equivalente a Tiempo, como en 11.25: “fuego de la Muerte”; *kālānala*: “la conflagración del fin del mundo” en la glosa de Pujol, p. 358); “Soy el tiempo que al crecer destruye el mundo. Y ahora me dedico a aniquilar las criaturas humanas” (Consuelo Martín [1997], que sigue los comentarios *advaita* de Śankara, uno de los dos grandes intérpretes de la *Bhagavadgītā*). El patetismo, y la concisa belleza, de la hipotética traducción de Oppenheimer, así como la posibilidad de entenderla como si Oppenheimer se identificara a sí mismo (“Now I become”) con Kṛṣṇa (en la entrevista de televisión lo llama erróneamente Viṣṇu) —siguiendo, por otra parte, una vía legítima de interpretación que lleva a equiparar el *ātman* con el *brahman* (véase la explicación de Pujol, p. 91: “La *Gītā* recoge el concepto de *ātman* de las *upaniṣads* como centro de la conciencia humana y lo amplía para reconocer la existencia de un *ātman* supremo que es idéntico a Dios”)—, no son difíciles de atribuir también a la obra del tiempo, que destruye los mundos: *kālo* en el pasaje, de *kaala*, काल en sánscrito (véase el texto original transcrito en la versión de Pujol, pp. 359-360). Con otra óptica, Oppenheimer, como Arjuna, habría sido un mero instrumento del tiempo o de la muerte. Una parte de ese patetismo se ha trasladado desde luego a la película, pero la traducción como lengua franca de la cultura se basa precisamente en la posibilidad misma de la comparación y debe hacer frente a la amenaza de los mundos incomparables. Que Oppenheimer fuera o no un buen lector y un traductor preciso de la *Bhagavadgītā* no plantea solo la pregunta por la legibilidad de un texto sánscrito en el mundo occidental, sino por su propia naturaleza literaria, filosófica o religiosa. El tiempo ha conservado el texto, pero no sabemos hasta qué punto ha destruido sus mundos de referencia o si esos mundos de referencia se han solapado al texto y lo han vuelto incomprensible.

La versión de Pujol favorece la interpretación de Rāmānuja —el otro gran comentarista de la *Bhagavadgītā* junto a Śankara o Śaṅkara—, que combina tanto la acción como el conocimiento. La *Bhagavadgītā* misma —“la filosofía de la *Gītā*”— estaría “más cerca de Rāmānuja que de Śaṅkara” (p. 39). Que la *Bhagavadgītā* sea un texto filosófico ha suscitado, desde la llegada del sánscrito a Europa en el siglo XVIII, la principal controversia. Pujol emplea indistintamente “histórico”, “filosófico” y “religioso” (p. 41) para referirse al “contexto” de la *Bhagavadgītā*. Que el texto o el contexto fueran “científicos” —por volver a Oppenheimer y su condición de “físico teórico”— no es motivo de discusión. Al margen de la filología —en la que con más o

³ ARTHUR W. RYDER, *The Bhagavad-Gita*, The University of Chicago Press, Chicago, 1929, p. 88. A diferencia de las muchas versiones de textos sánscritos que Ryder llevó a cabo, la de la *Bhagavadgītā* apenas tuvo eco. Ryder ya la había publicado cuando conoció a Oppenheimer.

menos rigor se mantuvieron Bolufer, Ryder o Rodríguez Adrados y a la que Pujol ha prestado un servicio innegable con su edición—, la naturaleza de un texto filosófico limita sutilmente con la naturaleza de un texto literario o religioso y, aunque esos límites sean borrosos en numerosas ocasiones y a propósito casi siempre de algunos de los pasajes más importantes, pasarlos por alto o confundirlos no es la mejor de las opciones que puede manejar un lector. Uno de los primeros receptores de las traducciones del sánscrito —cuya influencia llega indirectamente hasta Oppenheimer y Pujol— comparó el descubrimiento de la “antiquísima sabiduría hindú” con el Renacimiento del siglo XV y el “divino Platón”.⁴ Como un lego en el sánscrito que ha disfrutado leyendo la transcripción del texto original “palabra a palabra” que Pujol ofrece en su edición, podría manifestar mis reservas a esa comparación. Ni la “divinidad” de Platón ni el Renacimiento místico del siglo XV forman parte de esas reservas: los diálogos platónicos no son textos literarios ni religiosos ni científicos, pero su naturaleza filosófica puede ayudar a entender tanto mis reservas (que ni mucho menos son lo más importante) como la legibilidad de la *Bhagavadgītā*.

Entre los libros que Oppenheimer consideraba más importantes en su vida figuraban entre otros, además de la *Bhagavadgītā*, un diálogo platónico, el *Teeteto* — que la tradición subtítulo “De la ciencia”, obliterando en cierto modo la relación entre Sócrates y teeteto, *i. e.* entre maestro y discípulo—, y *La tierra baldía* de T. S. Eliot. Hijiya ha insinuado que Oppenheimer tuvo que conocer los *Cuatro cuartetos*, porque en ellos Eliot menciona al “Tiempo, el destructor” (que también es conservador: “Time the destroyer is time the preserver”) y porque en una de sus estrofas se resume muy bien la enseñanza de la renuncia al fruto de la acción: “Y no penséis en el fruto de la acción. / Adelante [...] / Así Khrisna [Kṛṣṇa], como cuando amonestó a Arjuna / en el campo de batalla. / No adiós, / sino adelante, viajeros”.⁵ “Adelante” traduce *Fare forward*; “adiós” traduce *Fare well*. Arjuna y Oppenheimer decidieron seguir adelante sin tener en cuenta los frutos de la acción: “Not fare well, / But fare forward”. Un filósofo, sin embargo, podría mantener la reserva de que “adiós” no fuera del todo una buena traducción de *Fare well* recordando que con esas palabras suelen traducirse al inglés las dos últimas palabras de la *República* de Platón, que también se dirige a unos viajeros: εὖ πράττωμεν.⁶ En el viaje de la vida, tal vez seguir adelante sin tener en cuenta las consecuencias —los frutos de la acción— no sea preferible a hacer las cosas bien; tal vez hacer las cosas bien sea la única condición de que nos vaya bien, aunque eso implique desobedecer al dios.⁷

Antonio Lastra

⁴ Schopenhauer en el prólogo a la primera edición de *El mundo como voluntad y representación* (1818).

⁵ T. S. Eliot, *Four Quartets*, An accurate online text, ed. de David Gorman (<http://www.davidgorman.com/4quartets/>), 3.2-3. Véase JAMES A. HIJIYA, ‘The Gita of J. Robert Oppenheimer’, p. 161.

⁶ Tanto en Los Álamos como en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton Oppenheimer siguió las pautas de la *República* (y la Academia) platónica. Véase *American Prometheus*, pp. 314-5, 458, 460. La amistad de Oppenheimer con Harold F. Cherniss, uno de los mayores conocedores de Platón, merecería estudiarse a fondo. Fue Cherniss quien presentó a Oppenheimer a Ryder.

⁷ Véanse AMARTYA SEN, *The Argumentative Indian. Writings on Indian Culture, History, and Identity*, Penguin, Londres, 2006, p. 5, y W. H. F. ALTMAN, *Platón el maestro. La crisis de la República*, trad. de M. Golfe, UCOPress/Editorial Universidad de Córdoba, 2022, p. 266.